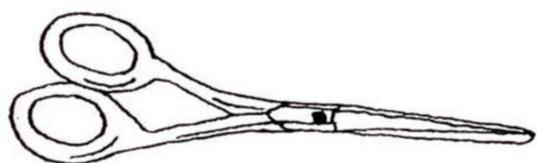


los hechos raros, inexplicables y fantásticos se hace presente en algunas de sus crónicas, como “La historia alucinante” (1973) en la que recuerda a Nadiezhda A. Ledebin, la bella durmiente soviética, que se acostó a dormir en 1952 y se despertó veintidós años después, y cuya historia le permite a Espinosa hacer un apretado recuento histórico de lo sucedido en la Unión Soviética mientras la mujer dormía.

En las crónicas de Espinosa es común encontrar que, a propósito de un hecho: la muerte de un personaje, la celebración de un acontecimiento, etc., el autor haga una reconstrucción histórica. Es así como, en “La visión de Chiang” (1975) cuenta la vida de Chiang Kai-shek, el líder anticomunista de Taiwan. En “Un perseguido por la felicidad” (1975) hace lo propio con el armador griego Aristóteles Onassis. Como también en “Hitler” (1975), crónica que le significó una injusta agresión por parte de dos jóvenes, en la avenida Jiménez de Bogotá, escrito que es prácticamente el único que sabemos en qué publicación apareció: Lecturas Dominicales de El Tiempo.



Pero no todas las crónicas que forman parte del volumen *Crónicas de un caballero andante* se centran en el extranjero. Algunas tienen relación directa con Colombia y sus personajes un tanto olvidados: “Un héroe en los aires de Colombia” (1975) es una semblanza del brigadier Camilo Daza, el primer colombiano en surcar los aires pilotando un avión, u “Hojas del árbol caídas” I y II (1975), donde hace un estupendo relato sobre las cárceles de mujeres de Colombia y en especial la del Buen Pastor en Bogotá. Así, el conjunto de crónicas de Espinosa es un sustancioso y ameno viaje a la historia reciente y lejana de Colombia y el mundo.

JOSÉ EDUARDO RUEDA
ENCISO

Avalar vidas a bala

Razones de vida

Vera Grabe

Planeta, Bogotá, 2000, 466 págs., il.

Escrito para no morir.

Bitácora de una militancia

María Eugenia Vásquez Perdomo

Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000, 490 págs.

Casi simultáneamente, llegaron a mi escritorio dos autobiografías de dos ex dirigentes del M-19. La una, María Eugenia Vásquez, escoge un título algo dramático —*Escrito para no morir*— mientras que la otra, Vera Grabe, opta por algo más luminoso y se decide por *Razones de vida*. Pese a que las dos autoras narran su experiencia como militantes del mismo movimiento, los dos libros son muy distintos entre sí. La primera diferencia que llama la atención —y que tal vez haya sido determinante para la diferenciación de las dos miradas— es que mientras para Vera Grabe —que hace de la apuesta por la paz el centro de su libro— la entrega de armas por parte del M-19 fue una experiencia biográfica, para María Eugenia Vásquez este hecho se da un año después de haber abandonado la organización.

Mientras para Vera Grabe el fin de la lucha armada fue una decisión política, que ella sigue defendiendo de acuerdo con la idea del agotamiento de la guerra, para María Eugenia Vásquez ésta fue una decisión de tipo personal que obedeció a razones privadas y difusas:

La mía no fue una decisión radical y precisa; apareció, más bien, como opción en mi búsqueda de coherencia interior cuando el ejercicio político desde las armas ya no bastó para llenar de sentido mi existencia y entonces inicié un retiro gradual de la militancia. [pág. 14]

El interés de Vásquez tiende a ser explicar el sentido que tuvo para ella la lucha armada mientras que Gra-

be parece igualmente interesada en mostrar el sentido que tuvo terminar con ella. Eso lleva también a que, a la hora de referirse a las acciones del M-19, Vera Grabe sea mucho más crítica que su ex compañera y convierta su libro, o al menos buena parte del mismo, en una defensa de la radical apuesta por la paz que hizo el movimiento a comienzo de la década de los noventa.

Además de esas diferencias básicas, hay también muchas cosas que las distinguen en cuanto a sus orígenes, su formación y su camino hacia la militancia. La infancia de María Eugenia Vásquez resulta un tanto sombría comparada con la de Vera Grabe, y también menos sedentaria, puesto que asuntos familiares la obligan a continuos cambios de residencia.

La politización de Vásquez se produce en Pasto, a través de la influencia de unos militantes del Partido Comunista Marxista-Leninista —es decir, maoísta, para que le quede claro al que no esté familiarizado con la críptica jerga de la izquierda colombiana— con quienes coincide en un grupo de teatro.



Su formación escolar —por lo que se alcanza a inferir del libro— debió de ser bastante pobre, mientras que Vera Grabe gozó del nivel del Colegio Andino, donde empezó a producirse su politización por influencia de un profesor socialdemócrata de apellido Eckhard. Grabe, al enumerar los factores de su politización, también hace alusión al espíritu de la época —estamos hablando de comienzos de los años setenta y finales de los sesenta—, caracterizado por la tendencia general a la rebelión contra la autoridad en una actitud en la que cabía desde el culto a la guerrilla hasta la poesía nadaísta.

Mientras María Eugenia Vásquez tiene su iniciación en la izquierda tradicional —incluyendo las del movimiento estudiantil en el que participó activamente y los grupos

de estudio marxistas cuyas discusiones hoy nos resultan grotescas— y Vera Grabe la tiene con el coctel de influencias, muchas veces contradictorias, que caracterizó al M-19. Eso se nota también, en cierto modo, en el tono de los dos libros, puesto que mientras Vásquez parece desconocer la ironía, sobre todo la autoironía, Grabe recurre a ella permanentemente.

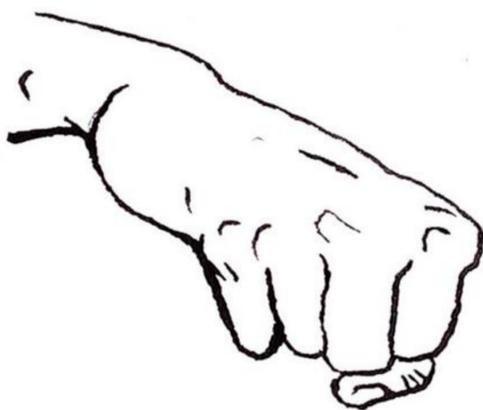
Vásquez y Grabe coincidieron durante un tiempo como estudiantes de antropología en la Universidad Nacional. No hay nada en ninguno de los dos libros que haga pensar que hayan sido amigas. Por el contrario, parece haber habido cierta distancia entre las dos, aunque ambas recibieron la influencia de un tal Luis Guillermo Vasco, un profesor de antropología para el que maoísmo era una especie de religión que lo llevó —según se cuenta en las dos autobiografías— a la babosada de casarse bajo un retrato de Mao Tse-tung.

Vasco aceptó desde un primer momento a María Eugenia Vásquez, que parece seguir teniéndole una admiración incondicional. Hasta le dedica el libro. A Vera Grabe, en cambio, al comienzo la rechaza por ser rubia, de origen alemán y venir del Andino, cosas que le bastaban para discriminarla, aunque posteriormente la aceptó entre sus elegidos y la invitó a participar en un trabajo de campo sobre los indígenas chamíes, en el que, al ver ella que estaban desnutridos, se convence de que hay que cambiar las estructuras y de que el camino para ello tiene que ser la lucha armada. Lo anterior suena bastante simplista, y en el libro también lo es, aunque Vera Grabe, al hablar de la izquierda tradicional, desarrolle un alegato bastante duro en contra de ella, en el que entre otras cosas recuerda que “era pecado” leer a Borges y a Mutis por reaccionarios y se burla del intento de “meterse a cambiar el mundo poniéndose una camisa de fuerza” (pág. 50).

La llegada de María Eugenia Vásquez al M-19 —el ELN, al parecer también le coqueteaba— y no a

otro grupo armado fue, como ella misma lo reconoce, en buena parte casualidad. Eso también la diferencia de Vera Grabe, que no parece que hubiera podido caber en otra parte. Sin embargo, a ambas las seduce el intento del M-19 por romper el dogmatismo de la izquierda recurriendo en último término a la reducción de sus ideales al mínimo común denominador.

En términos generales, la lectura de los dos libros deja la sensación de que mientras para Vera Grabe cada paso y cada acción del movimiento implicaba una difícil discusión consigo misma, María Eugenia Vásquez llegó a convertirse en un momento dado en una autómatas de la guerra. La manera distinta como las dos ex militantes evocan el secuestro y asesinato de José Raquel Mercado y la toma del Palacio de Justicia muestra la distancia que las separa.



Vásquez evoca la muerte de Mercado con frialdad. Grabe, en cambio, se desgarras al contar la historia, lo mismo que ocurre al evocar el drama del Palacio de Justicia. La violencia y el uso de las armas es visto por Grabe fundamentalmente como un mal que en determinado momento ella consideró necesario. Para Vásquez, en cambio, parece haber sido lo esencial del movimiento —la etapa civil en la que Grabe desempeñó un papel decisivo no existió para ella— y su discurso podría haberse dado casi sin cambiar aún antes de la entrega de armas.

Me puedo imaginar que muchos ex militantes preferirán el libro de Vásquez. Sin embargo, el otro abre muchos más horizontes para el diálogo. Hay algunos pasajes, sobre todo aquellos en los que Grabe re-

lata encuentros suyos con militares después de su paso a la vida legal, que resultan entrañables por lo que tienen de invitación a la reconciliación, pese a todo el tono de desesperanza que se alcanza a ver en otras partes del libro.

En todo caso, en términos generales puede decirse que los dos libros relatan historias de otra época, porque desde entonces el país y el mundo han cambiado mucho y, aunque en Colombia siguen pululando guerrillas que han sobrevivido a su propio proyecto político, es difícil entender ahora el entusiasmo revolucionario que entonces contagiaba a casi cualquier estudiante que no fuera decidida y conscientemente conservador, aunque sólo una minoría optara por la militancia.

Hay cosas, sin embargo, que siguen vivas, como un escepticismo radical ante la clase política tradicional —eso fue en parte lo que alimentó al M-19 electoralmente después de dejar las armas— aunque sin que se planteen alternativas serias a ésta.

RODRIGO ZULETA

Trabajo divulgatorio

Gonzalo Arango, pensamiento vivo

Juan Carlos Vélez E.

Compilación y edición Juan Carlos Vélez E., Medellín, 2000, 274 págs., il.

No es fácil abordar con objetividad la obra de alguien con quien se tuvo alguna vez una relación muy próxima, sobre todo cuando se trata de Gonzalo Arango, cuya obra, al igual que su personalidad, eluden las aproximaciones superficiales o de simple compromiso, más aún ahora, cuando lo complejo de su personalidad y de su obra reclaman con justicia un acercamiento a ambas acorde con su importancia, con todo lo que él fue como hombre y como poeta, con la indudable significación que tuvo su doble misión de creador y